

cesaria para crecer como individuos, con el machismo o la brutalidad de las instituciones políticas de antaño. Los hombres no encuentran donde tomar la fuerza, elemento necesario para consolidar un ser humano masculino o femenino más pleno.

Maldonado concluye su reflexión afirmando que hay que aprender a vivir; el hombre "debe evitar volverse defensivo frente a los cambios en la mujer". No se puede estar dispuesto sólo a adaptarse al nuevo cambio de las mujeres. No es deseable el regreso, no es posible ya; debe encontrarse un modo diferente de ser hombre o "tal vez sencillamente, un nuevo modo de ser."

OCTAVIO CHAMIZO

UNA VENTANA PARA FUGARSE CON EL OTRO

La ventana. Revista de estudios de género, Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara; núm.1, junio de 1995; núm.2, diciembre de 1995.

Toda ventana tiene algo de indiscreta. Quizás por eso se construyen. Son promesa de algo a ver, y siempre, en ese espacio al que abre la ventana, se hace presente entre el paisaje lo que no queremos ver. La indiscreción de la ventana es óptica. Lo que ahí se juega es una mirada capturada por la promesa de ver algo, y como sucede con toda promesa, la espera se instala. Gala, la Gala de Dalí, espera al borde de la ventana, mirando el horizonte. Espera el horizonte, vivencias del tiempo y el espacio que la ventana y la mirada enmarcan. Quizás en parte esa es la promesa; garantizar el

sentimiento de algo en un encuadre espacio-temporal donde la mirada pueda recorrerse familiarmente. Se trataría de hacer visible algo ya visto pero ahora a resguardo de esa ventana que delimita.

Ver lo que ya hemos visto y no queremos ver, pero ahora con la garantía de que hay distancia, y quizás diferencia. La ventana, entonces, por ser borde, invita a la presunción de estar en un lugar otro respecto a aquello que se ve. Así, en realidad la ventana implica varias promesas: distancia y diferencia respecto a lo que no se desea ver, y hacerlo visible, reducido a un tiempo y espacio donde la mirada puede sostenerse y no tenga que desfallecer.

Pero entonces hay algo de trampa en esa indiscreción, ya que se trata, de alguna manera, de un escenario y de una trama ya preparadas, incluida la indiscreción. Repetir al infinito ese juego de ver y no ver lo que nos horroriza y fascina, ese juego que re-

mite a otro, el de ser visto y no serlo, juegos pulsionales donde Freud entendió que la apertura era alcanzar un objeto que no es sólo Otro, al tiempo que se trazan, en ese recorrido las huellas atópicas del sujeto. Sin embargo, esta dimensión señalada por Freud es negada por las promesas de la ventana en tanto que lo que ahí se privilegia es el orden de lo visual.

La trampa de la indiscreción y su promesa es esa: reducir lo Otro a un objeto visible y garantizar un lugar desde donde ver. Esa es la trampa de la indiscreción, la indiscreción de la trampa, indiscreción involuntaria en tanto que cuestiona las promesas; si la sacamos del registro visual, ella misma opera como gozne que abre a eso que quiere obstruir.

Los ojos son la ventana del alma, se dice, he ahí la promesa. La indiscreción de la trampa es señalar que la ventana es el alma de los ojos; se ve no desde afuera o adentro sino desde el borde mismo; lo visto, causa de

horror y fascinación, es a su vez también bordes, borde-máscara en este caso. Entre estos dos bordes se hallan quizás las diferentes tramas del género, es una propuesta.

Abramos esta ventana y veamos algunas de sus indiscreciones sobre el género. Por cuestión de espacio me centraré en los trabajos iniciales de cada uno de los dos primeros números de la revista.

En "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", Marta Lamas hace un recorrido analítico importante que atraviesa por diferentes lugares a esta categoría. Son muchas las madejas desenredadas y, consecuentemente, los puntos a discutir. Quisiera subrayar tres que me parecen particularmente relevantes.

Escribe Marta Lamas:

Un objetivo ético-político de intentar esclarecer las dificultades de utilización de la categoría que nombra este proceso de simboli-

zación cultural -el género- es evidenciar supuestos teóricos que no se articulan explícitamente, porque implican ciertas expectativas ético-políticas: unas muy evidentes son las relativas a los lugares y papeles de hombres y mujeres en la sociedad, así como a formas aceptadas de sexualidad.

Objetivo importante el del artículo, ya que invita a un trabajo de desconstrucción -estrategia de lucha, diría Derrida- donde lo ético-político es dar cuenta de la escritura de lo masculino y lo femenino. Trabajo que hay que hacer con la cultura falocéntrica y con el discurso feminista. En esta labor, el psicoanálisis tiene un papel central para Marta Lamas -postura que comparto. Sostiene la autora que

Al mostrar que los hombres y las mujeres no están precondicionados, sino que ocurre algo diferen-

te, el psicoanálisis plantea algo distinto a una esencia biológica o a la marca implacable de la socialización: la existencia de una realidad psíquica. Así el psicoanálisis muestra los límites de las dos perspectivas, biológica y sociológica, con las que se pretendían explicar las diferencias entre hombres y mujeres.

La explicación sociológica -habría que decir "monosociológica"- es más complicada de desconstruir que la biológica, escandalosamente burda. El anhelo de reducir la diferencia a la forma de construcción de mitos y ritos de iniciación sexual, o bien de suponer que la educación, por más que se le vista de democrática, puede resolver la problemática del género, es anhelar, precisamente, que la diferencia se reduzca al discurso sociológico. Ahí se borra la huella de la subjetividad, que es un efecto de bordes, de pliegues, que Deleuze nos

enseñó en su continua actividad de plegarse y desplegar.

Quizás querer borrar esa subjetividad forma parte de la estrategia de mirada que quiere sorprenderse desde un interior de la ventana, esperando que surja lo que ya sabe. Es querer negar ese borde que igual, indiscriminadamente, ya se anuncia. Y quizás, con Marta Lamas, podríamos decir que hay dos formas particularmente nefastas de cómo se lleva a cabo esa negación. Dice la autora:

— La riqueza y complejidad de la investigación, reflexión y debate alrededor del género son de una dimensión amplísima. Pero la urgencia en términos de sufrimiento humano nos ubica prioritariamente en dos consecuencias nefastas del género: el sexismo (la discriminación con base en el género) y la homofobia (el rechazo irracional a la homosexualidad).

En ambas podemos ver la intolerancia frente a lo realmente indiscreto, eso que en el otro sexo y en el propio anuncia ese más allá del borde.

Y este mismo problema aparece de alguna manera planteado en otro artículo de *La ventana*: "El derrumbe del cuerpo", escrito por Ma. Antonietta Torres, trabajo psicoanalítico importante que también abre varias madejas. Una, que en cierto sentido es la tesis que ordena al texto, es:

La madurez revive en la mujer el fantasma doble, la Otra, la madre del primer tiempo, poseedora de todo el saber sobre el deseo y el goce del que ella tiene el peligro de quedarse irremediabilmente excluida. Imagen reencarnada por la joven, aquella capaz aún de cautivar todas las miradas.

Lo señalado por Ma. Antonietta Torres subraya un *impasse* de la feminidad entre dos lugares posibles: aquél del

saber absoluto sobre el deseo, que es el fantasma de la madre imaginaria no-castrada, o bien, el del cuerpo hysterizado, cautivador de las miradas de deseo. Entre estos dos lugares, el cuerpo, su derrumbe, comete indiscreción. Revela que ambos lugares, al igual que el sexismo y la homofobia, tienen como fin obstruir aquello de lo que son borde: lo Otro. Este cuerpo que se derrumba, que se pliega, que se arruga, evidencia que toda caricia, como dice Levinas, es "la espera de ese puro porvenir sin contenido".¹ Esa es la indiscreción del derrumbe del cuerpo; abre la sensualidad de un puro porvenir.

La trampa que juega a ser indiscreta niega esa abertura, inscribe toda caricia en el contenido de un saber o en la categoría narcisista del cuerpo, si bien esta problemática adquiere una particular especificidad en las mujeres maduras, tal y como lo

¹ Levinas, Emmanuel. *El tiempo y el Otro*, Paidós, Barcelona, 1993.

demuestra Antonietta en su artículo. Podríamos decir que en realidad atañe por igual, aunque de forma diferente, a hombres y mujeres; es un problema de género donde lo que está en juego nuevamente es la mirada. El cuerpo, todo él, hace las veces de rostro, rostro que en su gestualidad promete hacer visible lo invisible. El cuerpo es la gran promesa impertinente de revelación de todos los misterios; el deseo, el dolor, el placer, el sujeto se hacen invisibles vía la gestualidad corporal; esa es la promesa, lo Otro al alcance de la vista, o de la mano, que en esta ilusión son lo mismo. Mirada que convierte al gesto en mismidad. En realidad, el derrumbe del cuerpo es cotidiano; el tiempo y lo Otro son sus artífices.

Con Eugenio Trias podemos decir que

Con el signo se introduce, en el ámbito de la continuidad cristalina de la facies en que se estampa

el rostro visto en el espejo, el orden discreto de la escisión y de la partición, del dualismo entre la presencia y la ausencia.²

La categoría de género opera en este sentido; introduciendo y articulando en el campo del signo lo masculino y lo femenino. Quizás no puede ser de otra manera, y hay que aventurarse a recorrer los múltiples modos en que se establece ese orden discreto. Hay que hacerlo, y al abrir *La ventana* vemos ya varios de esos recorridos.

Pero también hay que preguntarse por lo que la categoría género no puede introducir y que precisamente por eso opera como su límite y lo determina. Si como lo plantea Cristina Palomar, en el editorial del segundo número de la revista, "la perspectiva de género supone, en la línea de la deconstrucción, una otra escritura que obligue a una lectura distinta de

² Trias, Eugenio, *Lógica del límite*, Destino, Barcelona, 1991, p. 188.

ese texto que constituye el saber acerca de lo que se denomina masculino y femenino", resulta necesario introducir en esa escritura lo que la categoría no puede articular. En efecto, más allá de la articulación y ordenamiento binario, más allá de la oposición y diferencia formal, surge siempre lo Otro irreductible a las diferencias apresadas en el signo. Se trata quizás de la diferencia pura, esa que sólo estando en la ventana misma se deja sentir en tanto que es ahí, en los bordes, donde se produce el sujeto. La impertinencia es introducir al sujeto y al deseo en tanto bordes y no como signos. Si "lo femenino es una fuga ante la luz",³ como dice Levinas, es por que ahí se juega algo irreductible a la mirada. Bienvenida *La ventana* que no sólo se abre para ver la articulación sino que también se deja cerrar para fugarse con el Otro.

³ Levinas, Emmanuel, *Op cit.*